



REFLEXIONES SOBRE LA FRECUENCIA DE SESIONES EN LA PRACTICA ANALITICA

Myrta Casas de Pereda¹
2002

El tema que nos ocupa constituye solamente uno de los diversos elementos integrantes del encuadre por lo cual es necesario pensar en el contexto conceptual del mismo, para encontrar o no justificaciones a tal o cual reglamentación. La frecuencia de sesiones deviene un efecto de la conceptualización que involucra la especificidad del psicoanálisis y constituye una herramienta organizativa. Nunca es por definición un concepto fundamental, un *Gundbgriefe*.

Antes de entrar en los mencionados aspectos doctrinarios, desde nuestro tiempo y nuestro medio, deseo transmitirles una preocupación personal.

Con la insistencia en el tema de la frecuencia de sesiones, en una nueva vuelta de espiral, ahora desde las propuestas de la I.P.A., no puedo dejar de experimentar un cierto desasosiego que trasunta una cuota de pesimismo. Lamentablemente no siempre las razones psicoanalíticas prevalecen sobre la fuerza de las razones políticas.

En los vaivenes de la historia es frecuente comprobar que cuando arrecian los problemas psicosociales, cuando algo del orden cambia en la estructura de la *pólis* y surge la amenaza de derrumbes de ideologías o estructuras, suelen reproducirse como hongos después de la lluvia (sin contexto y sin raíces) propuestas reiterativas que llaman a **conservar** lo estatuido con los riesgos o los beneficios implícitos de desoír las razones que hacen peligrar tal o cual estructura o imperio.

De modo análogo, también en este momento, nos abocamos a retomar una vez más el tema de la frecuencia de sesiones, enfocado en especial desde la óptica de la formación analítica. El temor

¹ Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Rivera 2516 - 11300 Montevideo –
e-mail: mcasas@uyweb.com.uy

APU 16584

antes esbozado, radica en que un elemento aislado, arbitrario desde su origen se llene con “razones” pseudocientíficas que pueden envolver hilos políticos de prevalencias y disputas.

Importa recordar que en nuestros orígenes, freudianos se configura el análisis y su enseñanza de un modo aleatorio, fortuito en su forma, siendo a la vez libre, no sujeto a normas administrativas o consideraciones políticas, eligiendo una frecuencia de cinco o seis sesiones semanales, con una duración global en general breve en el término de meses. Todo lo cual Freud hacía variar de acuerdo a los deseos y circunstancias de cada analizante-discípulo y también de acuerdo a los síntomas manifiestos del mismo.

Comienzos azarosos que conllevaron enriquecimientos indudables pero también trágicos desenlaces; estaba naciendo una doctrina singular con su praxis y los elementos constituyentes eran al arbitrio (libre albedrío) de su creador.

Este tiempo corresponde a lo que Bernfeld² ubica como un primer período o *período libre* que acontece hasta 1923-24, sus (Freud) discípulos, Abraham, Ferenczi, Federn siguieron su ejemplo y cada cual a su modo. Es en un segundo período que acontece la reglamentación en la Comisión de Enseñanza en la Sociedad de Berlín, reglamentación que hoy en día conserva mucho de lo esencial, y que adquiriría un perfil coercitivo y autoritario al socaire de poner un dique a la eventual heterodoxia que podría dispararse con la muerte de Freud, al salir a la luz su afección cancerosa. Tal perfil de la reglamentación estaba pues en función de la defensa y futuro del psicoanálisis, pero es muy significativo, como lo subraya Bernfeld que *“quienes más celo demostraron en proteger el psicoanálisis de la heterodoxia fueron entre otros Alexander, Rado, Reich, K. Horney, From y From Reichman... (quienes) demostraron una total carencia de invención”*

Safouan nos recuerda también un texto fundamental de Balint de 1947 donde habla de la colusión entre la jerarquía institucional y la ignorancia. Refiere al hecho que califica de “severa inhibición” para adjetivar un espacio significativo de silencio que transcurre entre la creación de la I.T.C. Comisión Internacional para la Formación realizada por Eitingon en 1925 y denuncia efectuada por Balint en 1947. Veinticinco años donde nunca se analizó por escrito, de manera adecuada el /los problemas de la formación analítica.

² Los comentarios referidos a Bernfeld están tomados en forma resumida del libro de Moustapha Safouan, *J.Lacan y la cuestión de la formación de los analistas*, pág. 15 a 25, Paidós 1985 Buenos Aires.

Con la institucionalización del psicoanálisis y la decantación del encuadre es indudable que lo enigmático que apuntala decisiones y configuraciones nunca dejó de estar presente, reconocido o no, y siempre produjo efectos, para el que pudiera escuchar.

En el abanico de pautas que inciden cada vez en el establecimiento de la norma debemos reconocer que lo histórico, social y cultural de cada medio es uno de los perfiles que estructura y es estructurado a la vez y por ende debe ser tomado en cuenta como cualquier otro elemento que pertenece al contexto epocal cambiante en el que estamos inmersos. Los comienzos implicaron el contexto sociopolítico y económico, propios del SXIX y comienzos del SXX. Desde entonces “muchacha agua ha pasado bajo el puente” y el contexto es ya otro muy diferente.

No debemos perder de vista que el encuadre, los elementos que sostienen una práctica están profundamente articulados con la concepción de su objeto, el inconsciente, y que a su vez desborda planos racionales científicos o académicos. Pero el inconsciente cambia, no es inmune o fijo al imaginario colectivo cambiante que responde a los cambios histórico político y sociales.

Debemos hablar de un inconsciente en movimiento. Lo inconsciente no es estático ni dado de una vez para siempre y se necesita reconocer los parámetros que nos contextúan y que son a su vez producidos por el hombre en su historización. Todo ello alimenta los fundamentos para continuar y renovar el derrotero freudiano en torno al lazo estructura subjetiva y estructura social que desde ya podemos pensarlos como elementos consustanciales. (Myrta Casas de Pereda 2001³)

Lo que otorga especificidad a nuestra tarea es lo no sabido de un sujeto en análisis, lo inconsciente, y nuestro abordaje solo puede ser parcial dejando restos no accesibles que sin embargo afectan y producen efectos. De ahí lo paradójico de nuestra tarea que atañe a una diferencia crucial entre el saber y el conocimiento. “*El saber no sabido (lo inconsciente) es del orden de la verdad (para cada sujeto) y no del orden del conocimiento.* D. Gil 1952⁴”

A su vez los dos pilares de la praxis, la libre asociación y la atención flotante, condensan un posicionamiento paciente-analista que descansa en una atribución de saberes y los límites del encuadre van a pautar configuraciones imaginarias de referentes de la frustración que conducen a

³ Myrta Casas de Pereda, 2001, La tensión entre lo público y lo Privado.

⁴ Daniel Gil 1952. Prólogo al libro de Alain Badiou, *Filosofía y Psicoanálisis* 1995

habilitar una experiencia con el objeto lo cual prefigura en perspectiva los límites de la castración simbólica.

Lo paradójal está pues presente en cualquier momento de nuestra praxis y sus articulaciones teóricas y metapsicológicas. La institucionalización del psicoanálisis no es ajena a tales paradojas. Siendo ineludible por un lado, constituye el riesgo mayor en el sentido de que un discurso universitario o científico organizando la vida institucional soslaye las paradojas intrínsecas al inconsciente y el psicoanálisis.

En 1950 Sigfried Bernfeld leía a los colegas de la Comisión de Enseñanza del Instituto de Psicoanálisis de San Francisco un *memorandum* de catorce puntos con su concepción del *Instituto Psicoanalítico libre*; poco después renuncia a causa de la esterilidad de las discusiones que suscitó dicho texto y expone dos años después sus puntos de vista en una conferencia memorable en San Francisco 1952. Ideas de avanzada en medio de un contexto de profunda preocupación. Testimonio póstumo (fallece poco después) que fue publicado años más tarde como reconocimiento a su trayectoria. Mirada audaz y pionera sobre la transmisión del psicoanálisis, donde subraya el carácter imprevisible de la transmisión y de sus leyes que escapan a toda ordenación o deseo voluntarista, y señala por ejemplo: “*ustedes deben tener en mente que una vez que los institutos fueron fundados, nuevas motivaciones los mantuvieron funcionando, y muy probablemente fueron muy diferentes de los motivos por los que fueron creados*”.

Es necesario una revisión constante de reglamentos y estatutos para que éstos no se “traguen” al psicoanálisis o en su defecto que éste se pulverice. Se precisa una cuota grande de flexibilidad acorde con los límites de nuestro saber.

Ello implica el reconocimiento de que un tanteo numérico, tres, cuatro cinco o seis sesiones a reglamentar, constituye un lado endeble susceptible de ser utilizado por argumentos diversos, incluso contrapuestos, dado que contiene un lado aleatorio (plenamente justificado) que no debería ser cubierto por una normativa rígida que pueda derivar en una ubicación dogmática. Comparto el decir de Moustapha Safouan⁵ (idem): “*el dogmatismo da origen a una estructura institucional autoritaria, cuya ventaja consiste en proteger la ignorancia*”

⁵ Moustapha Safouan, *J.Lacan y la cuestión de la formación de los analistas*, pág. 15 a 25, Paidós 1985 Buenos Aires.

Por eso importa mantener abierto el cuestionamiento acerca de si el marco institucional ofrece la eficacia simbólica imprescindible a través de los diversos dispositivos estatuidos en torno a la formación y la previsión consecuente de espacios renovados de reflexión sobre la tarea..

El método psicoanalítico, indisoluble del estilo, sostenido en la asociación libre descansa en el reconocimiento freudiano acerca de que el decir de un sujeto, está sobredeterminado por su deseo inconsciente. A su vez la escucha analítica, con la atención flotante, se abre precisamente a un real que golpea fuerte, anticipado muchas veces en la angustia que señala la posibilidad de llegar a contactar con algo de ese no sabido, que genera inhibiciones, síntomas y angustias.

El trabajo analítico, que concierne a la experiencia analítica, *“es la menos favorable a la observación científica pues se basa en las condiciones mas contrarias a la objetividad.”*⁶. Es una tarea que concierne *“a una ley de no sistematización, al plantear la incoherencia como condición de la experiencia... una presunción de significación a todo un deshecho de la vida mental... no solo las representaciones sino...: libretos de los sueños, presentimientos, fantasías de la ensoñación, delirios... y esos fenómenos negativos de la conciencia racional como son los lapsus o las fallas de la acción”*.⁷

Todo ello conlleva un sin numero de perspectivas que podemos sistematizar siempre parcialmente en aras de una transmisión sobre la técnica en el que debemos reconocer permanentemente un lado real no aprensible. Es precisamente en la tensión generada entre lo sabido y reconocido , lo sabido impensado, el deseo inconsciente y sus efectos, y por el otro lado lo que queda por fuera de toda representación ya sea conciente o inconsciente, es a propósito de dicha tensión, que se pueden promover montajes y deconstrucciones de lo sintomático.

Lo aleatorio, lo incierto, prevalece siempre en nuestro que hacer y comparto los principios básicos en torno al encuadre que sostienen la puesta en escena transferencial. Ellos consisten en: duración del análisis sin tiempo prefijado, todo lo concerniente a la neutralidad y posicionamiento del analista, la frustración inherente al encuadre en cuanto a ritmo escandido, desde la duración de la sesión a la repetición semanal de la misma, honorarios, etc. Pero debemos reconocer que son instrumentos favorecedores de un artefacto técnico que emerge como resultado de una conceptualización (siempre parcial) de lo nodal del análisis.

⁶ J. Lacan, 1936. Más allá del principio de Realidad, *Escritos I*, pág. 79, Editorial Siglo XXI, 1988.

⁷ idem pág. 75

Entiendo muy oportuno y pertinente una parte del diálogo transcrito en el informe de la Casa de Delegados (Miami enero 2002). Allí consta que *“Se citó un trabajo de Greenacre y Brenman-Pick donde se sostiene que no hay diferencia entre tres y cuatro sesiones pero sí con una y dos. Recomienda cambiar el concepto de estándares por el de requerimientos (mínimos, óptimos)”*

Creo que no podemos encontrar “razones” valederas (en el sentido de lo verdadero en juego) para privilegiar tal o cual número de sesiones en forma absoluta pues siempre habrá argumentos apuntalando lo diverso.

En este sentido compartir experiencias al respecto, puede resultar en un enriquecimiento mutuo, dado que las diferencias comportan perspectivas y contextos distintos que también posibilitan relativizar acuerdos o confrontaciones y puedan conducir a una reflexión productiva y flexible en torno a la reorganización de reglamentos.

Voy a referirme ahora a la praxis desde mi experiencia compartida de más de veinticinco años de práctica analítica como analista de formación del Instituto de Formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en paralelo con funciones de supervisión y docente del mismo Instituto. También hablo desde mi propia perspectiva conceptual donde seguramente reitero algunos elementos ya tomados en cuenta.

Creo que podemos reconocer en la circulación del deseo, el movimiento representacional, la actualización del despliegue sintomático y estructural del paciente, algunos de los elementos metapsicológicos que sostienen la necesidad de la reiteración de sesiones semanales que habiliten los efectos del *a posteriori* en la repetición del acontecimiento transferencial.

Debemos cuidarnos de no dejarnos tentar de acudir a la perspectiva del discurso académico como “eficacia”, “validación”, que reclaman elementos porcentuales supuestamente validadores de la experiencia clínica. Como lo sugiere el informe de la Casa de Delegados , muchas veces en la investigación acontece el riesgo de encontrar lo que se quiere demostrar, configurando una real tautología. El subsumir la riqueza siempre renovada de aspectos metapsicológicos que hacen a nuestra praxis en el número de sesiones implica una reducción peligrosa.

Pienso que podemos encontrar acuerdos entre nosotros en lo que concierne a la siempre diferente y singular experiencia con cada paciente que conlleva los también diferentes efectos de cada transferencia en juego del mismo modo que no somos nunca los mismos padres para cada hijo

También creo poder compartir de modo mayoritario que muchas veces un análisis con elevado número de sesiones semanales (incluso más de cuatro) no logra adquirir el perfil propio y singular del trabajo auténtico con el inconsciente y muchas veces (cada vez más en nuestra práctica) un análisis con un número reducido de sesiones permite poner en juego lo esencial de un sujeto en sufrimiento.

Comenzaba estas páginas por la historia del psicoanálisis practicado por Freud. En nuestra historia institucional, también comenzamos por cuatro sesiones semanales como requerimiento mínimo, optando por cinco o más cuando lo creímos necesario.

Sin embargo, el tiempo, los cambios sociales, aplastando la economía de éste nuestro país con escasos recursos de mercado, la diferente aceptación del psicoanálisis en la decantación actual en el colectivo social, etc. fueron imponiendo la necesidad de reducir el número de sesiones exigido para la formación del analista, a tres sesiones semanales como número mínimo.

En el año 1984 estando a cargo de la dirección de la Comisión de Enseñanza durante la presidencia de Mercedes Freire de Garbarino, recibimos la visita del entonces presidente de la A.P.I., profesor Adam Limentani. Con él mantuvimos un extenso y fructífero intercambio de ideas a lo largo de varios días, donde explicitamos nuestra situación en forma transparente, y transmitimos los diversos perfiles formativos, científicos y publicaciones de nuestra Institución. El doctor Limentani nos ofreció su opinión acerca de nuestra Institución. Consideró con reconocimiento nuestro modo de enfrentar los problemas con dignidad y responsabilidad psicoanalítica y nos transmitió, que una política esencial de la A.P.I. era no interferir con la autonomía de una Institución reconocida por la seriedad y productividad a lo largo de su recorrido. Su reconocimiento estaba especialmente dirigido al modo de funcionamiento que implicaba explicitar las dificultades, los posibles impases y al mismo tiempo la imprescindible necesidad del cuestionamientos de las funciones administrativas, que nunca deben opacar o velar los fundamentos psicoanalíticos.

Tuvo un aval explícito para las tres sesiones documentadas en las actas de funciones del Instituto de Psicoanálisis.

Pensar acerca de los problemas de la formación, ha motivado la implementación anual o bianual de Jornadas sobre las funciones del Instituto, Jornadas compartidas por toda la Institución, donde asisten analistas con funciones docentes y de análisis institucional junto con los demás miembros candidatos y egresados.

La transferencia constituye un ejemplo casi paradigmático de cómo “*un concepto es determinado por la función que tiene en una praxis*”⁸. Lo cual abre a una consideración ética en el sentido de cómo un concepto psicoanalítico incide en cómo tratar a los pacientes y que a su vez, a la inversa, la manera de tratarlos gobierna el concepto.

La ética impregna nuestra praxis pero también la desborda hacia el comportamiento institucional dado que no solo existe la transferencia paciente analista, sino también las múltiples transferencias que se suceden en la compleja estructura institucional con su perfil endogámico.

En este contexto tan sobredeterminado en sus líneas de fuerza, de trabajo y formación, una mentira compartida desde el Instituto de Psicoanálisis respecto del número de sesiones aceptable, pone en riesgo la vida misma de dicha Institución

Si no se habilita el reconocimiento de las diferencias bajo un común denominador ético, donde queda preservada la especificidad y singularidad del psicoanálisis, se corre el riesgo del deslizamiento por la pendiente sin retorno de la perversión de la regla. La mentira compartida y silenciada dentro de un Instituto de Psicoanálisis en torno al número de sesiones por candidatos y didáctas, constituye una alianza patológica que amenaza las bases mismas de la formación.

En mi experiencia compartida con los colegas uruguayos a lo largo de años de práctica ininterrumpida pienso que ese mínimo estatuido es razonablemente suficiente. Esto queda abierto a un aumento de frecuencia cuando se lo considera necesario implicando una disminución de honorarios.

Se trata de una situación explicitada desde el comienzo, desde el momento mismo en que fue resuelta. Dicha explicitación abierta y compartida desde el Instituto a todos sus miembros con el carácter resolutivo de un consenso general institucional tuvo el carácter de una huella simbólica en nuestra historia.

Reitero, ahora en forma personal, que tres sesiones por semana son suficientes para propiciar la mencionada experiencia con el objeto, que reúne la historia subjetiva con la producción transferencial actualizando el modo sintomático de relación objetal.

Creo que no deberíamos transformar en obligación lo que pertenece al dominio de la opción desde un mínimo aceptable, pues ello entraña el riesgo de que el análisis de formación en especial

⁸ J. Lacan *Seminario 11*, capítulo 10, pág. 132

se convierta en (y tomo palabras de Bernfeld) *“en un análisis a “tomar” (take) en el sentido que se toma un curso preparatorio de anatomía para llegar a ser médico”*. (Citado por Safoan *ibid*).

Debemos reconsiderar la posibilidad de flexibilizar un cierto afán normativizante y cuya relativización no sea a expensas de sus antípodas. No abogamos por la anarquía en los conceptos o en las reglas, pero no avalamos una docilidad benevolente, una normalización exhaustiva, o una universalización escencialista ya sea institucional o teórica, dado que incluso tampoco lo hacemos con los demás elementos del encuadre. Por otra parte pienso que no es fecundo insistir en la riesgosa división, teoría y clínica.

Por otra parte entiendo que la rigidización de las reglas pueden ser conducentes a una suerte de eclecticismo universal que ignora singularidades sociales, culturales, históricas y político económicas propias. El tejido social propio de cada lugar deriva en respuestas diversas muchas veces creativas que enriquecen nuestro acervo psicoanalítico. La anulación de las diferencias también deja en el horizonte un borramiento de los límites que señala a un dificultado procesamiento de la castración simbólica. Entiendo que este punto constituye un verdadero handicap en toda propuesta de transmisión y formación del analista.

No corramos el riesgo de priorizar exigencias formales en detrimento de la perspectiva que subraya lo motorizado por el deseo con un posicionamiento analítico que, respetando un espacio propio de trabajo compartido, contemple las necesidades socioeconómicas del medio. Debemos cuidar especialmente el área de la transmisión-formación analítica y no incluir posiciones ideologizantes. El análisis puede actuar sobre los síntomas, pero difícilmente lo logra sobre los encierros ideológicos que propicia tal o cual resolución legitimada por un simbólico institucional (sociedad local) junto a la Asociación Psicoanalítica Internacional (A.P.I.). Se producen allí verdaderos impases psicoanalíticos.

El término normatizar, normativizar introduce por si mismo un mundo de categorías realmente ajenas a la carencia de una unidad totalizadora que sostiene el psicoanálisis.

